AÑO IV — BUENOS AIRES, 23 DE NOVIEMBRE DE 1925 — N.o 200

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Violencia individual y colectiva

A raíz de la pérdida definitiva del submarino británico M. 1, y de la muerte de su dotación en los insondables reinos plutonianos del mar, se está revolviendo, y trayéndola de aquí para allá, la iniciativa de abolir los gases asfixiantes y desmantelar a esos mortíferos cetáceos, anfibios de escamas de acero.

De vez en cuando asoma una noticia lacónica, con el fin de no provocar alarmas demasiado ruidosas, anunciando el hundimiento de uno de estos artefactos costosísimos. La catástrofe se la sitúa ora en Japón, ora en Inglaterra, o en Norte América, en Italia, en Francia, y si no puede situarse en los países sur-americanos, es por la sencilla razón que uno o dos son los poseedores de estos chismes — aunque Chile estuviera a punto de perder uno de ellos.

Lo humanitario, lo cuerdamente humanitario consistiría en desear que se desatásen todas las furias de la naturaleza y se precipitaran las tempestades más potentes para que pudiesen engullirse a los submarinos y a las flotas de guerra. Esto, además de un humanitarismo asaz infantil, no llenaría el bárbaro que divide a la humanidad en víctimas y victimarios. Podrá ser de un gusto sublime la filosofía catastrófica, pero rara vez resuelve los problemas que tienen profundas ramificaciones en nuestra fisiología y en nuestra entidad pensante.

Por otra parte, existen quienes sin ser un vivo pregón de una filosofía catastrofal, invocan la eterna dualidad que hay en nosotros mismos, el peso, el gravamen de la fatalidad que ha de mantenernos encadenados a la bestia, y objetan:

"Suponiendo que un nuevo diluvio devastase la faz de la tierra, bastaría que los representantes de Abel y Caín sobreviviesen para que las antiguas querellas se renovasen más sangrientas y feroces."

Es así como piensan, o más bien, sienten los defensores del *que habrá siempre guerras en el mundo*. Y son los mismos que también han de argumentar que sin amos ni gobiernos no se puede vivir, ni tampoco sin un fetiche para besuquearlo y hacerlo objeto de oraciones en horas de tremante pavura...

Forman inmensas legiones los carcomidos por tan letales prejuicios, y esto después de todas las matanzas y de las carnicerías que la humanidad hubo de soportar en tan pocos años. Las intentonas para un desarme general, no han sido más que comedias engañosas para aplacar el sordo descontento que fermenta entre los sempiternos sacrificados. Examinemos ahora mismo de qué modo se encara el novísimo movimiento pacifista en Inglaterra y en otras partes.

Lady Astor, en un discurso pronunciado ante una asamblea femenina reunida en Plymouth, lanzó una invocación platónica, incitando a todas las mujeres del mundo a unirse a fin de conseguir la abolición de los submarinos y de las armas químicas. Añadió: —Estoy dispuesta a realizar una gira por todo el mundo con el propósito de convencer a las mujeres que es necesario el desmantelamiento de los submarinos.

Esto nada más quisiera llevar a cabo esta buena señora. Se satisface con muy poco. Pero no es únicamente una mujer la que emprendió con violencia la *campaña antiguerrera*, destinada a dejar las cosas como están y lo estarán por algún tiempo todavía. Es todo un Percy Mac Kinnon, presidente del Lloyd, o sea de una gran compañía naviera, el más denodado paladín, quien no temió exponer sus ideas en público acerca de la supresión de los submarinos como arma de guerra.

Lastima comprobar de qué manera se malgasta el tiempo, empezando a podar las ramas de un árbol podrido, cuando sus raíces habían de ser soterradas y expuestas a los cuatro vientos para que concluyesen de marchitarse.

Lo más probable es que ni eso han de conseguir estos pacifistas de muy buenas intenciones y de rafinita ceguera. Habiéndose hablado del mismo tópico en la pasada conferencia del desarme celebrada en Wáshington, Mr. Wilbur, secretario del departamento de marina, afirmó en estos días que se habían presentado presupuestos para reunir fondos destinados a iniciar la construcción de cuatro submarinos de la clase V, de 3000 toneladas de desplazamiento. Y este nuncio de paz y de concordia armada se produjo poco después de la agitación realizada en Inglaterra, a consecuencia del desastre del M. 1. El gobierno británico, a pesar de las protestas de un puñado de personas, en vista de la actitud yanqui, no se dejará aventajar, y de aquí a un tiempo, al calmarse los ánimos y al apagarse los ficticios entusiasmos de estos dilettantes del pacifismo a media llave, a su vez elevará presupuestos para la construcción de nuevos submarinos, que reemplazarán con abundancia la pérdida sufrida por el almirantazgo, el cual hubo de avenirse a recurrir a su ex enemiga Alemania para que una compañía de salvamento cooperase en las tentativas de poner a flote el M. 1.

¿Quién dudará que estos pacifistas que pretenden meter tanto ruido, son exactamente de la filiación de aquellos que opinan *que siempre habrá guerras en el mundo*? Cree haber cumplido sus deberes consigo mismos, así como con la ley de solidaridad que tiende a atar a todos los seres de la tierra, con el mero gesto de pedir que una sola arma, de las numerosas que retienen los Estados burgueses, sea suprimida.

Creen aminorar los efectos de la guerra atisandola, pemándola un poco, haciéndola menos bárbara. No; estas gentes sinceramente respetan y hasta veneran todos los imperialismos, aun los más voraces. Sólo desearían se cambiase de modales.

Un medio más eficaz poseen las mujeres, que el que les pudiera aconsejar Lady Astor. Es el de extirpar la idea de patria, de violencia, del alma de sus hijos, criándolos en el amor de sus semejantes, en la ayuda mutua fecunda en bellos resultados morales. Hay que desarmar previamente a los espíritus, desalojarlos de toda prevención, de todo bajo y perjudicial egoísmo y temor hacia el prójimo, y entonces poco a poco mermarán las violencias individuales, punto de partida para las colectivas.

EL NUEVO HAMLET

—Sí... nó... sí... nó... ¿me matarán?—¿Qué será de la pobre Italia si muero en Iglaterra? ¿Un estadista incomparable desaparecerá conmigo ¿Voy o no voy?

Pignoradores

Más a menudo de lo que se desearía, aparecen en el muestrario de los cablegramas noticias dándonos razón de cómo el gobierno de Rusia está pignorando el país por parcelas y en entregas sucesivas. Esta invasión del arrasante capital burgués, no nos produce regocijo ni nos llena de gozo. Prevemos la suerte que les espera a nuestros hermanos en miseria; sabemos cómo se portan, especialmente las compañías anónimas con asiento en las grandes metrópolis. Todo lo sacrifican al dividendo. Los accionistas, monstruos invisibles, maniobran en la sombra. Los sufrimientos; los ayes de las víctimas; el embrutecedor cansancio de niños y niñas; el hambre que prepara el festín para la anemia y la tisis, no son cosas que lleguen hasta ellos. Honestos en la mezquina medida que puede serlo una criatura común; y espíritus cultivados en el reducido límite que no los obliguen a pensar, están convencidos de no hacer mal a nadie. Es decir, es el mal, el crimen lícito y a distancia, que conscientemente desean ignorar. Han resuelto su problema de felicidad individual, cotizándose entre todos para pagar a una turba de aventureros, haciéndoles ejercer de verdugos. Cuanto más apretan el cuello de sus subordinados, más se acreditarán ante los ojos de los monstruos innumerables e invisibles. La psicología del accionista es el vivo retrato de la moral elegante y escéptica de una mediocracia lacustre, que se alimenta del limo de los pantanos, en un crecimiento vegetativo e infecundo. Es la invención moderna de un estatismo social que denuncia el agotamiento del elemento viril en las sociedades contemporáneas.

Y es a estos pólipos, más propio, a estos vastos pulpos de enormes tentáculos con gigantescas y voraces bocas, que los Soviets de todas las Rusias — como este gobierno se complace en denominarse — recurren en demanda de metálico, a cambio de la esclavitud de las masas populares. No hay mucha diferencia entre el último país suramericano, gravado y endeudado con sumas fabulosas con los consorcios de financistas extranjeros, y la nación moscovita.

Desventuradamente, no transcurre mucho tiempo de una noticia a otra, sin que tengamos que leer el anuncio de transacciones comerciales de marcado carácter extorsivo. En días pasados, el Consejo Supremo de Economía Nacional y los funcionarios de la Oficina de Relaciones

Exteriores, pusieron la firma a la concesión de las minas de oro del Lena (Siberia), otorgada en abril próximo pasado a un sindicato anglo-americano.

Es una de las mayores concesiones que el gobierno soviético diera hasta la fecha. Esta tentrá una duración de 50 años para el objeto de la explotación y se calcula su rendimiento en 100 millones de pesos oro. Los intereses bancarios norteamericanos toman parte en esta inversión con el 50 por ciento de su monto.

El hecho que una entidad extranjera se establezca en el seno del país ruso y para sus trabajos comience a alquilar obreros, habrá de obligar a los funcionarios, a los policías y a los soldados del ejército rojo, a constituirse en cancerberos del capital burgués y extranjero.

De aquí unos años, cuando en las minas siberianas se intensifique el funcionamiento, no será raro, ni fuera de lugar, que se produjeran huelgas y demandas de mejoramiento económico por parte de los eternamente explotados. No se trata de una profecía sino de una natural deducción, emanada de los mismos hechos. Los capataces, a sueldo de las compañías, no serán menos brutos ni menos abusivos por encontrarse en otra latitud.

¿Cuál ha de ser la posición que adopte el gobierno de los soviets frente a estos conflictos?

Por cierto, no diferirá de la de otros gobiernos.

EDITORIAL "LA PROTESTA"
OBRAS PUBLICADAS:

Sebastián Faure

"Mi Comunismo" (La felicidad universal) — Un tomo de 440 págs. En rústica, $ 2 00 , encuadernado en tela, $ 3.50.—

Max Nettlau

"Errico Malatesta" — La vida de un anarquista. — Un tomo de 270 págs. En rústica, $ 1.20; encuadernado en tela, $ 3.50.—

C. Lombroso y Ricardo Mella

"Los Anarquistas" — estudio y réplica. Un tomo de 170 págs., $ 1—

Miguel Bakunin

"La Revolución Social en Francia" —Primero y segundo volumen de las Obras Completas.— En rústica $ 1.50; en tela, $ 3.50 c| uno.—

Pedro Kropotkin

"El Estado, su rol histórico — El Estado Moderno — En rústica $ 0.50; en tela, $ 1.50.—

Luis Fabbri

"Cartas a una mujer sobre la anarquía" — En rústica, $ 0.50; en tela, $ 1.50.—

Agustín Souchy

"La Ukrania Revolucionaria (*impresiones de un viaje de estudio desde abril a octubre de* 1920) $ 0.30.—

J. Guillaume

"Miguel Bakunin" — Noticia Biográfica — $ 0.20.—

Errico Malatesta

"Entre Campesinos" — $ 0.15.—

Juan Crusao

"Carta Gaucha" — $ 0.10.—

"Hijos del Pueblo" — Nuevo Cancionero — En rústica, $ 0.30 —

Encuadernado en tela, $ 1.00.—

Todo pedido debe venir acompañado de su importe a nombre de MARIANO TORRENTE: — PERU 1537 — B. AIRES

LAS FUERZAS DE LA REACCION EN ALEMANIA

LOS PARTIDOS POLITICOS

Es preciso ya conformarse a considerar la historia desde el punto de vista de la reacción y de la revolución; en los tiempos modernos, tendrá toda la influencia que quiera en el desenvolvimiento social el materialismo histórico, pero si Marx hubiera vivido en este período no hubiera dejado de reconocer que la fuerza primordial que determina el curso de la historia es en la actualidad el juego de los elementos de la reacción y los de la revolución.

Naturalmente, todos los partidos políticos, sin excepción, deben ser catalogados entre las potencias reaccionarias, porque la revolución es por naturaleza antiestatista y todos los partidos políticos desean la conquista del Estado, no su destrucción. Que para conseguir ese fin empleen tal o cual expresión revolucionaria y tal o cual frase demagógica, como por ejemplo: ir al parlamento a hacer obra... antiparlamentaria, apoderarse del Estado para... destruirlo, etc., se entiende y se explica, pero esas frases oportunistas y demagógicas no modifican en lo más mínimo su esencia íntima que sostiene y fomenta con todo su espíritu y todos sus actos la perpetuación de la explotación y de la dominación del hombre por el hombre.

Si antes de la revolución rusa de 1917 hubiera parecido exagerado el poner a los partidos socialistas y los actuales comunistas al nivel de los demás partidos, como fuerzas de reacción, hoy se comprenderá que no existe ninguna exageración y que no es nuestra posición revolucionaria la que determina esa calificación. Un estudio objetivo de la realidad política de nuestros días, nos haría ver que más daño hacen a la revolución los partidos políticos que pretenden hablar en nombre del socialismo y del proletariado que los partidos burgueses declaradamente reaccionarios. Hay en Holanda un partido anti-revolucionario que últimamente parece que integró el gabinete de ministros; lo de anti-revolucionario es una redundancia, porque todos los partidos políticos lo son ya; pero esa franqueza nos ha conmovido y hubiéramos deseado tener tiempo para conocer la historia y los actos de ese partido; circunstancias imprevistas nos impidieron satisfacer esa curiosidad, pero nos creemos con derecho a afirmar que ese partido anti-revolucionario no ha causado tanto mal al desenvolvimiento de la revolución en Holanda como la social-democracia y últimamente el partido comunista.

Recientemente se celebró en Heildelberg el congreso del partido social-demócrata alemán y entre las figuras más prominentes de ese partido que cantaron las glorias de la social-democracia alemana no faltó una que dejara de mencionar con orgullo el juicio unánime de los demás partidos políticos sobre el partido social-demócrata; se ha reconocido públicamente por los adversarios políticos, que la social-democracia salvó a Alemania del caos revolucionario que la amenazaba, y eso es motivo de orgullo y de vanagloria para los miembros del partido, un motivo de inspiración para los discursos más elocuentes de Wels y Scheidemann.

Nosotros coincidimos también con los adversarios políticos de la social-democracia en ese juicio unánime. Más aún, creemos que no existe en Alemania un partido que presente más obstáculos a la revolución que el de los social-demócratas, aunque los haya poderosos, como el partido popular alemán nacionalista, que se trazó como programa la guerra a las ideas avanzadas, incluso el marxismo. La social-democracia tiene 170 cotidianos en el país, sin contar las otras publicaciones periódicas y las editoriales formidables; además es secundada por la prensa y la acción de los sindicatos reformistas adictos. Su campo de acción está en el proletariado en primer lugar y es en el proletariado donde sofoca toda iniciativa y toda aspiración hacia un mundo mejor por la acción directa de los oprimidos. ¿Qué partido podría hacer lo que hace la social-democracia en el sentido de castrar al proletariado y sofocar en germen sus energías rebeldes? Ninguno. Si no existiera la social-democracia, el más estatista de todos los partidos, la reacción hubiera tenido que crearla para defender los privilegios capitalistas y políticos contra las reivindicaciones de la canalla que trabaja y que pretende hacer uso del derecho a pensar independientemente.

¿Y qué diremos del partido comunista, que tiene en el Reichstag 62 diputados y ha querido probar su suerte en las elecciones presidenciales con un candidato propio? ¿Cuál es su acción revolucionaria? Las fuerzas rebeldes que se disgustaron de la moderación social-democrática se hicieron en su mayor parte comunistas, donde la tonalidad del lenguaje es más viva y de color más subido, pero en el fondo lo mismo se trabaja a favor de la contrarrevolución entre los comunistas que entre los miembros de cualquier otro partido; incluso esa parte de la juventud proletaria que hubiera constituído una verdadera vanguardia de lucha por sus sentimientos y su acometividad, ha sido sometida en el movimiento comunista a un deporte militarista que acabará inutilizándola en absoluto como factor de revolución. Si examinásemos la acción cotidiana de ese partido, veríamos que sigue fielmente la trayectoria fatal de todos los partidos políticos actuales; su agresividad de un tiempo no superó a la de los fascistas alemanes mismos. Por ninguna de sus actividades podríamos considerar a este partido como una excepción; es una piedra más en la vía revolucionaria. ¿Se dirá que hay en él masas dignas y susceptibles de despertar un día y de formar en las filas de la revolución? Sí, pero también las hay entre los millones de proletarios sometidos a la influencia social-demócrata y entre los partidos y movimientos declaradamente reaccionarios; eso no justifica una posición excepcional de los comunistas al margen de los demás partidos que aspiran a la conquista del poder político.

Mencionemos ahora alguno de los partidos políticos alemanes. Hay una buena cantidad y es conmovedor ver cuántas gentes se preocupan de hacer la felicidad de Alemania desde el parlamento. En las penúltimas elecciones se presentaron en la arena electoral 26 partidos. Al pobre trabajador a quien se considera necesitado de perpetua tutela por su ignorancia y su incapacidad para regir sus propios destinos, se le presenta la elección de sus tutores políticos entre 26 partidos diferentes. Lo menos que sería necesario para estudiar a fondo lo que cada partido de esos representa y lo que valen sus hombres, sería dos o tres años; un obrero no puede disponer más que de un par de horas a lo sumo para el estudio; ahora bien, so pena de elegir con los ojos cerrados sus representantes, sus legisladores, habría que dar por lo menos 50 años de plazo al electorado para elegirse a conciencia los amos. Ese sistema, claro está, no es realizable, y los candidatos son elegidos al azar o según el hábito adquirido o las órdenes recibidas de quien tiene cierto poder sobre el elector.

Comencemos la lista:

Partido social-demócrata de Alemania, que recibió en las penúltimas elecciones 7.880.962 votos.

Partido popular alemán nacionalista (Deutschnationale Volkspartei), que obtuvo 6.205.324 votos; es el más serio rival de la social-democracia; en su programa tiene el restablecimiento de la monarquía. En la misma relación que están los comunistas con respecto a la social-democracia, hay diversos partidos que en último análisis integran el de los Deutschnationale, como por ejemplo el movimiento popular alemán de la libertad (Deutschvolkische Freiheitsbewegung), que nació de la liquidación del Partido nacionalista socialista de la libertad, o el partido obrero nacionalista socialista; en estos últimos la acción reaccionaria asume un carácter fascista, violento, pero en lo referente a las ideas monárquicas no se diferencian del partido de los Deutschnationale.

Partido alemán del centro (Deutsche Zentrumspartei), que recibió en las últimas elecciones más de cuatro millones de votos; fué durante los últimos años aliado de la social-democracia, pero después del triunfo de Hindenburg ha cambiado de frente; en su programa se declara partido popular cristiano, partidario de la concepción cristiana del Estado; Marx, el canciller alemán, ha sido, no lo es ya, el más significado exponente de ese partido.

Partido comunista de Alemania, que recibió casi 3 millones de votos en dichas elecciones, pero que ha perdido últimamente muchos partidarios, como lo demuestra el hecho de que en las elecciones presidenciales no alcanzó a los dos millones en favor de su candidato Thalmann.

Partido alemán del pueblo (Deutsche Volkspartei), que recibió más de tres millones de votos; es el partido de Stresemann; no le desagradaría la vuelta a la monarquía, pero se muestra también dispuesto a cooperar en la forma republicana del Estado.

Partido democrático alemán, con cuatro millones de votos en dichas elecciones; defiende la constitución de Weimar.

Partido popular bávaro, con más de un millón de votos; rechaza la lucha de clases y en su lugar propone el solidarismo cristiano.

Partido económico de la clase media alemana, con un millón de votos.

Federación agraria (Landbund), recibió medio millón de votos.

Partido alemán-hannoveriano (Deutsch-hannoversche Partei). Es un pequeño partido que en el Reichstag formó con la Federación campesina bávara y el partido económico de la clase media alemana, una fracción especial; tiene un matiz federalista que le hace chocar algunas veces con el partido alemán del pueblo (Deutschen Volkspartei).

Partido socialdemócrata independiente, reducido a casi nada ya.

Nombremos aún el movimiento de la Tierra libre, comercio libre y dinero libre (Freiwirtschaftsbund F. F. F.), el socialcrático, el Partido social alemán, la Comunidad popular social-cristiana de Alemania, Partido nacional popular alemán, Partido de los inquilinos de Alemania, Partido de la beneficencia popular, Partido popular cristiano-alemán, y los partidarios de dos profetas, Häuser y Stark, que han presentado también sus candidatos.

En las últimas elecciones, del 4 de mayo de 1924, se presentaron en la arena nuevos partidos, como la Federación de los indigentes, Partido obrero alemán, Minorías nacionales, Asociación de Masuri, Partido popular wendés, Partido republicano de Alemania, Asociación de Schlewigs, grupo económico popular sin partido, etc., etc.

Además de estos grupos que presentan candidatos en las elecciones al Reichstag, hay infinidad de partidos regionales que giran en torno a los parlamentos provinciales.

Las diferencias son casi nulas; teóricamente se podrían establecer diversos grupos, pero como lo que a nosotros nos interesa es ver con qué fuerzas cuenta la revolución y la reacción en Alemania, podemos establecer que todos los partidos políticos alemanes, forman parte de la gran confederación de las fuerzas reaccionarias. El partido de los fisiócratas propaga algunas buenas ideas, pero sin ambición parlamentaria lo pierde. El partido comunista obrero, extremadamente débil ya, es antiparlamentario; su influencia es casi nula.

Podríamos ahora mencionar centenares de organizaciones que no son en realidad partidos políticos, pero que se preocupan de cuestiones políticas y sociales y son otros tantos focos de ideas y sentimientos reaccionarios, — como por ejemplo Focos de trabajo para la política objetiva, Consejo civil nacional (Berlin), Liga para la protección de la cultura alemana, Comunidad de trabajo contra la paz de Versalles (Oldenburg), Sociedad para la economía comunal y la política comunal (Fridenau), Club ultramarino (Hamburgo), Club nacional (Berlin), Club nacional del partido popular alemán (Berlin), Club democrático (Berlin), Federación de los alemanes extranjeros, con unos 150 grupos locales en el país y en el exterior, Federación alemana de defensa, extendida por todo el país con decenas y decenas de sociedades, como por ejemplo: Federación de los prusianos orientales fieles a la patria, Asoci

UNA PAGINA DE SPENCER

EL SENTIMIENTO RELACIONADO CON LA INTELIGENCIA

En los comienzos de mi amistad con el profesor Huxley — hacia el 1854, creo — al llegar a visitarlo una tarde, me gritó: "¡Suba! Quiero mostrarle una cosa que hará su delicia: un hecho que se aviene muy bien con una gran generalización." Su expresión irónica era inspirada por su certeza de que, como yo era tan dado a la generalización, el hecho en cuestión me desconcertaría. Estaba diseccando el cerebro de una marsopla, y el hecho anormal que descubría era que la marsopla tiene un cerebro de unas dimensiones relativamente enormes — dimensiones en apariencia fuera de toda proporción a las exigencias de ese animal. ¿Qué necesidad puede tener un ser que lleva una vida tan simple, de un órgano tan grande como para bastar a la vida de un ser humano? Huxley, que en esa época no era todavía profesor, no podía dar ninguna solución a esta dificultad, y yo, en ese momento, no pude encontrar la que me parecía verdadera.

Se ha tomado universalmente la costumbre de identificar el espíritu con la inteligencia. Siendo evidente por una parte la conducción de nuestros actos por el pensamiento y siendo el lenguaje, que ocupa un lugar tan grande en nuestra existencia, un vehículo que hace al pensamiento predominante para nosotros y para los otros, nos induce a suponer que el elemento pensamiento es el elemento principal del espíritu: un elemento que impide a menudo reconocer a los otros. En consecuencia, si se dice que el cerebro es el órgano del espíritu, se admite que el cerebro es principalmente, sino completamente, el órgano del intelecto.

El error es garrafal. El componente principal del espíritu es el sentimiento. Para ver esto, es necesario desembarazarse de las significaciones erróneas que la palabra espíritu ha adquirido, empleando en su lugar su equivalente: "conciencia". El espíritu, exactamente interpretado se extiende hasta la conciencia: todas las partes de la conciencia son partes del espíritu. Las sensaciones y las emociones son partes de la conciencia y, lejos de ser los componentes menores de ella son los componentes mayores. En primer lugar, el conjunto de la conciencia en un momento dado está constituido por las sensaciones que producen en nosotros las cosas que nos rodean: los diversos grupos de colores impresos a través de nuestros ojos, los ruidos que hieren nuestros oídos; las presiones sobre tales partes de nuestro cuerpo según estemos acostados o de pié; los esfuerzos musculares que acompañan a nuestros movimientos y en algunas ocasiones los gustos y los olores. Entre esos numerosos sentimientos periféricos se establecen a cada instante relaciones que constituyen percepciones y pensamientos: colores que ocupando ciertos espacios y posiciones son reconocidos como tales, y tales cosas por asimilación a series ideales de colores arreglados similarmente, y los movimientos de ciertos grupos de ellos, se esperan resultados particulares; esos resultados previstos son los grupos ideales de sentimientos. Y así es con los sonidos, contactos, olores, colores: el elemento intelectual se limita a reconocer la existencia y las sucesiones. De manera que el cuerpo mismo de nuestra conciencia pensante se compone de sentimientos, y que la *forma* solamente constituye lo que distinguimos como inteligencia: no hay inteligencia en una sensación de rojo, de dulzura o de dureza o de esfuerzo, sino solamente en ciertas coordinaciones de esas sensaciones.

Después viene la otra gran clase de sentimientos, ignorados en la concepción corriente del espíritu: las emociones. Se puede observar al respecto de éstas, como de las sensaciones, que las emociones ordinarias, presentes de momento en momento, no son miradas para nada como sentimientos. Igual que la respiración o el parpadeo de los ojos, por su repetición las olvidamos. Sin embargo, las emociones son también de todos los instantes. Ningún movimiento tiene lugar sin ser precedido por un sentimiento o un pensamiento que lo estimulen. Basta únicamente que el movimiento sea extenso o difícil, o encuentre resistencia, para que nos advierta que ha sido precedido por una emoción de alguna especie. Así es con todas las emociones débiles. El día es bello, y se siente una ligera excitación del estado mental. Es lluvioso, y resulta de ello una relativa tristeza. Una persona es simpática, y una ola de placer inunda nuestra conciencia; mientras que una nube emocional se sucede a la vista de un enemigo. Lo mismo acaece con las ocupaciones. Hay una obligación que cumplir y detrás de todas las actividades físicas yace un oscuro sentimiento de adversión, un sentimiento muy distinto al que acompaña una ocupación favorita o el logro de un éxito. Y entonces, aunque el sentimiento compacto que no cesa de manifestarse sea tan discreto que apenas imaginamos su existencia, se convierte, en circunstancias aptas para excitarlo, en casi el único ocupante de la conciencia. Si un altercado provoca una cólera extremada, la emoción puede agrandarse hasta el punto de excluir la posibilidad de hablar: el elemento pensante es anulado. Una alarma intensa puede disgregar el intelecto hasta el punto de provocar una incapacidad temporal de accionar. La ansiedad producida por una afección absorbente, puede anular todas las ideas que le son extrañas. Y ese elemento mental, que en ocasiones se muestra tan predominante, es, en un sentido, predominante en todo tiempo: porque las emociones que prevalecen, más altas o más bajas, son esos componentes del espíritu que determinan la conducta diaria, a veces digna y otras degradada, a veces noble y otras vil. La parte que comunmente ignoramos cuando hablamos del espíritu, es su parte esencial. Las emociones son las señoras, el intelecto el servidor. La dirección de nuestros actos por la percepción y la razón tiene por fin la satisfacción de sentimientos que al mismo tiempo inspiran las acciones y producen la energía necesaria para realizarlas; porque todos los ejercicios realizados diariamente, sean acompañados de sentimientos agradables o desagradables, son realizados con el fin de obtener o de evitar ciertos otros sentimientos.

Allí entonces se encuentra la anomalía indicada al principio. El vasto cerebro de la marsopla no es el agente de mucha actividad intelectual sino el agente de mucha actividad emocional, que acompaña la persecución y captura de la presa. La enorme fuerza muscular que desarrolla — a veces en saltos superfluos, cuando sigue a una nave rápida — es la expresión de una enorme abundancia de sentimiento; porque, sin el sentimiento correlativo, la contracción muscular no podría existir. Y es para producir esa gran masa de sentimiento y de energía que la acompaña, energía perpetuamente empleada en los movimientos de la persecución, que su cerebro está constantemente ocupado.

La multiplicación de efectos, que es un carácter universal del proceso cósmico, está bien ilustrada por la forma cómo los errores se ramifican e influencian eventualmente a una multitud de cosas con las cuales parecen no tener ninguna relación. Es para poder indicar algunas concepciones falsas que resultan de ello, que indico este inmenso despropósito que consiste en identificar el espíritu con la inteligencia.

En nuestros días, en efecto, en los cuales se admite que, como componente del ser humano, el espíritu ocupe un rango más elevado que el cuerpo (si podemos sin embargo decir esto en presencia del atletismo y de los honores concedidos a los vencedores de una carrera, mayores que los acordados a los que triunfan en el estudio) en nuestros días donde en teoría, sino en la práctica, lo mental predomina sobre lo físico, grandes males resultan porque no se tiene en cuenta alguna la parte más importante de lo mental. La estimación exajerada por la inteligencia, tiene necesariamente como corolario el debilitamiento de la estimación por la naturaleza emocional. Considerados bajo las relaciones de sus aptitudes para la vida, individual y social, aquellos en los cuales predominan los sentimientos altruistas son muy superiores a los que asocian a facultades de percepción y de razonamiento más altas, sentimientos antisociales, un egoismo sin escrúpulos y el desprecio del prójimo. El contraste entre algunas tribus no civilizadas ilustra bien esta verdad. Entre los salvajes, los *Fidjicas*, cuando fueron descubiertos, se distinguían por su maestría y por una habilidad para pensar que las razas inferiores demuestran raramente; al mismo tiempo que el canibalismo reinaba entre ellos guardando a las tribus sometidas para alimentarse, ambicionaban la fama de asesinos. Por otra parte, los pacíficos *Arafuras* no son descritos como inteligentes; algunas de sus ideas implican lo contrario. Pero viviendo juntos como lo hacen, sin antagonismos y con un gobierno solamente nominal, sus sentimientos son tales que uno de ellos, siendo joven, y decepcionado en su deseo de ser jefe (distinción que implicaba únicamente responsabilidad para el bienestar de los miembros más pobres de la tribu); se consolaba diciendo: "¡Y bueno! podré siempre lo mismo emplear lo que tengo para ayudar a mis semejantes." Así, puestos en oposición, la superioridad del elemento moral sobre el elemento intelectual se hace evidente. Una sociedad mala en extremo, en tanto que pueda durar, podrá estar formada por gentes que rivalicen con Mefistófeles en fineza de intelecto; y, al contrario, aunque sus miembros sean estúpidos y rebeldes al progreso, una sociedad puede estar llena de felicidad, si sus miembros están escrupulosamente atentos a las necesidades de los otros y son activamente simpáticos. Aunque esta proposición sea casi una perogrullada, se fija muy poco la atención en ella. El reconocimiento completo de su verdad haría honrar por los hombres, más de lo que lo hacen, a los modestamente buenos y estimar menos a aquellos cuyo mérito es la habilidad intelectual. No existiría nada, por ejemplo, de la incesante admiración por ese criminal trascendente, Napoleón.

Una fe excesiva en el valor de la enseñanza es la resultante lógica de esa interpretación errónea del espíritu. Se siente gritar por doquiera: "¡Educad!, educad!, educad!". Por doquiera prevalece la opinión de que la cultura que dan las escuelas permitirá moldear a los niños, y por lo tanto a los adultos, en las formas más deseadas. Supónese, cuando se enseña a los hombres lo que es bueno, que una proposición intelectualmente aceptada será moralmente eficaz. Y sin embargo esa convicción, contradicha por la experiencia cotidiana, está en desacuerdo con un axioma cotidiano: a saber, que toda facultad es reforzada con su ejercicio — el poder intelectual por el saber individual, y el poder moral por la acción moral. La noción corriente es que esas causas y esos efectos pueden ser invertidos — que la obediencia a un mandamiento será seguida por el ejercicio del sentimiento correlativo. Es exacto que allí donde el sentimiento es ya activo, o que la actitud hacia ese sentimiento existe, algún efecto puede seguirse; pero donde el sentimiento está adormecido o ausente por disposición congenital, el mandamiento en realidad no efectúa nada: a menos que no excite más bien repugnancia, como sucede a veces. Parece, sin embargo, que esta fe ilimitada en la enseñanza no será fácilmente modificada por los hechos. Aunque, a pesar de las innumerables escuelas, superiores y primarias, tengamos vagabundos y apaches, perturbadores salvajes de mítines, falsificadores de comestibles, hombres de leyes fraudulentos, sociedades financieras ilusorias y estafadores de toda clase, sin embargo la fe permanece robusta; y recientemente, en América, al clamor provocado por el aumento de la criminalidad se asoció la determinación declarada de no concluir nada contra el sistema de educación en vigor. Pero el rechazo de reconocer la fertilidad de la simple instrucción como medio de moralización, se justifica de la manera más chocante por la ignorancia del hecho patente de que, después de dos mil años de exhortaciones cristianas, emitidas por cien mil curas en toda Europa, las ideas y los sentimientos paganos permanecen preponderantes, desde los emperadores hasta los vagabundos. Los principios admitidos en teoría son desdeñados en la práctica. El perdón es proclamado deshonroso. Un insulto debe ser lavado en sangre, y esta obligación es tan perentoria, que un oficial es expulsado del ejército por atreverse solamente a discutirla. Y en los asuntos internacionales el deber sagrado de la revancha, supremo para el salvaje, es supremo también para el *soi-disant* civilizado.

Como se ha dicho más arriba, esta fé exagerada en la instrucción proviene principalmente de la concepción errónea del espíritu. Si se comprendiera plenamente que las emociones son las señoras y el intelecto el servidor, se vería que no se puede llegar a un gran resultado mejorando al servidor, mientras no se mejoren a las señoras. La mejora del servidor presta solamente a las señoras mayor poder para realizar sus fines.

HERIBERTO SPENCER

1902

(De *Faits et Commentaires*, ed. franc. de Hachette).

Un tomo en rústica, $ 1.20

Edición especial, papel pluma ... „ 2.00

„ „ „ *encuadernado en tela* „ 3.50

LA PROTESTA

SUSCRIPCION MENSUAL, DIARIO Y SUPLEMENTO, $ 2.— m|n.

SUPLEMENTO SOLAMENTE, $ 5.00

POR AÑO — PAGO ADELANTADO

ción de las sociedades de nativos del norte de Schlewig fieles a la patria, etc.; etc. El número de esas asociaciones de Alemania sobrepasa todo lo que se puede imaginar; y en ellas, claro está, no se cultivan más que las ideas de orden, de patria, de reacción en todas las esferas de la vida. Continuemos citando algunos focos más de reacción: Federación nacional de alemanes republicanos (Frankfurt) con secciones en las localidades más importantes del país; partidarios de la bandera negra, roja y oro (Magdeburg), social-demócratas, con cerca de tres millones de miembros, infinidad de sociedades nacionalistas fascistas de que hablaremos especialmente, Federación de combatientes rojos del frente, donde los comunistas militarizan los jóvenes, innumerables asociaciones para la política social, asociaciones religiosas de toda suerte, como Federación femenina de alemanas católicas (Colonia) con dos cientos cincuenta mil miembros, 1.500 sociedades de la Evangelische Frauenhilfe, con 600.000 miembros, etc.; más de un millar de sociedades judías reaccionarias, innumerables sociedades literarias nacionalistas, de sociedades benéficas, juveniles, deportivas, etc., etc.

Habría que pasar años enteros para formar la lista de todas las sociedades alemanas que cooperan directa o indirectamente a la labor de los partidos políticos y al embrutecimiento del pueblo alemán.

D. Abad de Santillán

POR LOS SALONES

Exposición de Estilizaciones, de Salguero de la Hanty (Enemigos del Arte)

La denominación estrambótica y un poco pretenciosa, es lo que lo ha de defraudar al espectador, quien se llamará a engaño al no encontrar nada de extraordinario en los 57 trabajos expuestos por este incipiente artista. Que lo es, hemos de probarlo.

Profusamente loado por críticos, amigos y prensa en general, este hecho por demás común nos induciría en la creencia que nos hallamos, sino ante un maestro, por lo menos ante un dibujante o caricaturista consumado y ducho. Nada de eso hay tampoco. Apenas si se descubre dibujo en sus grafías retorcidas, y de cómico, de tono irónico no hay ni asomo. Se tuvo el buen cuidado de advertirnos que son solamente retratos estilizados. Quizás algunos lo sean, en la medida que se sigue la configuración exterior de un rostro, de una testa o de una silueta; y en otros; ni a eso llega. Es decir, ni la función del retrato cumple pasablemente. Además, esto del parecido formal, nada absolutamente cuenta al referirse a una figuración caricaturesca. No hemos conocido personalmente los monstruos de Leonardo de Vinci, pero se podría contar su historia por los factores psicológicos que un trazo genial puso en evidencia. Tampoco todos los personajes de Olaf Gulbrason nos son familiares, y asimismo podríamos formarnos una idea aproximada de sus caracteres. El artista tuvo su concepto de lo substancial de ese ser y pudo expresarlo vigorosamente. El medio correspondió a su idea.

Examinemos las mejores realizaciones de este excelente muchacho, y nos infundirá la sensación desagradable de algo inerte y trunco. Horras de dinamismo, sus líneas no logran encerrar una dimensión plástica, aunque recurra al artificio de la coloración. Tomemos a Girondo, al mismo Riganelli. En Girondo vemos indudablemente el calco de su máscara. ¿Pero qué es lo que nos sugiere? ¿Por cuál sentimiento o gestos está vitalizada? Todo es en él epidérmico y exterioridad. La línea, el arabesco del trazo, sus pretendidas síntesis, todo obedece a una ley de superficialidad meramente externa. La causa fundamental de ello la hallamos en la indecisión conceptiva del artista. No se inclinó ni por un género ni por otro que fuese francamente definido. O más bien, sin una finalidad clara y sin la lúcida conciencia que le guiara se quedó en ese término medio de lo inofensivo, de lo innocuo, que ni está bien ni está mal. A esos trabajos, para ser verdaderos retratos, les faltan las cualidades que sólo se consiguen por el análisis y una valoración ajustada de una fisonomía. Para ser caricaturas, carecen de la idea total, que transubstancia una criatura por un sutilísimo proceso ideológico y le clava con un rasgo en el ridículo vituperante, en el horror, en la repulsión, o provoca una irresistible hilaridad.

MARIE LAURENCIN — "El palco"

Sabemos demasiado que este excelente muchacho ni quiso ofender a nadie ni quiso hacer reir, ni se empeñó seriamente en retratar tampoco a ente alguno. Deseó, sólo, expansionarse, dar salida a su espíritu chacotón, y posiblemente halagar a quienes hacía blanco de su lápiz.

Cuando se menta, en son de apología, su novísima originalidad — las hay también requetepasadas de moda —, se olvida que Arnó, con sus formas geométricas, realizaba una portentosa labor de sátira social; que Cao, el inolvidable, también confeccionaba con la ágil punta de su pluma cubos y conos, infundiéndoles una vida hilarante, y sólo era una *boutade* para él. Y también se olvida que en todo tiempo el arte de la caricatura tuvo la libertad de adoptar los más enrevesados medios para exteriorizar sus elementos.

En la técnica de De la Hanty no hay más que un afán de destreza manual, una demostración de variadas habilidades que a menudo deja de lado la construcción interior. Y ésta sólo se consigue cuando la línea cobra un relieve plástico por la justeza de las proporciones del objeto que se intenta representar.

Pero él en su alarde de virtuoso parece decirnos:

— Ya ven ustedes: con cualquier intrincado jeroglífico, con el menor trazo, con la máxima economía lineal puedo presentar el parecido de la primera fisonomía que volando cruce a mi paso.

Se es difuso con poquísimas líneas y se es sintético con muchas.

¿No hizo furor quien con letras y monogramas combinaba animales y cabezas humanas, que para distinguirlas habíamos de rompernos los ojos? El gusto vulgar, o sea el corriente, se pirra por lo que signifique elaborada complicación, y se presta a la admiración de toda materialidad en las artes, huyendo en cambio velozmente ante lo complejo y lo que es profunda sencillez.

Y no crea a pies juntos a los que le gritan al oído que usted es un finísimo psicólogo y posee "una sutil aptitud introspectiva". Y disculpe la ruda franqueza, camarada.

"La verdad duele pero limpia"... a veces.

S. DE LA HANTY — "Oliverio Girondo"

Gouaches de Leonie Matthis (S. Witcomb)

Esta exposición de una asidua concurrente a casi todos los certámenes realizados en la metrópoli, nos proporciona una excelente ocasión para dilucidar el nunca resuelto tópico de la ingerencia de las mujeres en las bellas artes. El más difundido reproche que se les hace, se dirige a la carencia de un sello prietamente femenino en sus producciones. Simultáneamente se les echa en cara la desmedida afición de imitar a sus compañeros los varones. Son los dos argumentos que cuentan con más arraigo. La apariencia les da la razón.

Sin embargo, no son muchos los que plantearon, en justos términos, el problema de la importancia, o más bien, de la necesidad de lo masculino y femenino en las artes. La mayoría de las veces, de una cuestión que únicamente se refiere al carácter ineludible que debe poseer toda obra de arte, se enciende al parecer, una polémica acerca de la primacía de los sexos. Es la confusión más común que desvía los criterios. Si no abundan, hacen número los hombres con pronunciados rasgos femeninos, así como no escasean las mujeres con evidentes líneas varoniles. Aquellos, si fueran artistas y tuvieran inherente la delicadeza y la exasperada agudeza de sentimiento que pasa por ser posesiva del bello sexo, ¿acaso lo que produjeran valdría menos por eso? No, tenemos otro ejemplo a mano, más que el de Chopin, de los edulcorados nocturnos. Y, buscándolos, habrá otros. Recurramos al ejemplo opuesto de la mujer marimacho, o *bas-bleu*, como se le ha dado en llamar a cierto género de mujeres intelectuales. Jorge Sand o Madame Stael, sirven para el caso. Supongamos que hubiese quedado incógnita la condición sexual de las autoras. Sencillamente lo sucedido hubiera sido la calificación de malo, mediocre o bueno a los libros de ellas. Llegamos a la cuerda conclusión de que ante una obra del intelecto hemos de omitir toda suerte de preocupaciones, para detener exclusivamente nuestra atención en los resultados. — Bienvenida la producción con un sello prietamente femenino, que es la antípoda del producto varonil, más, ¿cómo negar los méritos de la mujer artista que se exprese con acentos viriles, manteniéndose sincera y fiel a su naturaleza?

Los casos citados de Jorge Sand y de Stael, abonan la circunstancia de esta sinceridad. Podrán desagradar sus obras, pero para los efectos temporales de lo relativo en el cielo del arte eterno, existen y viven. Se preferirá, quizás, a la Safo, la lésbica que cantó las refinaciones de la voluptuosidad, la Laurencin parisiense. Y estamos en el mismo círculo vicioso. Son todas personalidades definidas.

Hace unos años, en el "Spectator" de Londres, se publicaba una encuesta a propósito de esto mismo, y casi la mayoría de las opiniones coincidieron en un solo punto: la nulidad, lo apocado y lo soso, no eran particularidades privativas del hombre-artista, ni de la mujer idem. He ahí circunscripta la discusión a los verdaderos términos. Recordemos a la autora del libro "Ilustres Fées", Marquesa D'Aulnoy, que según Remy de Gourmont, lo escribiera y lo publicara entre 1628 y 1690, que Perrault, apropiándose la materia prima, se encargaría de popularizar, y se constata una vez más que la inteligencia para producir, ni manifestarse, no se basa siempre en cuestión de sexo más o menos.

Esas mediocridades que pintan, esculpen escriben y componen música, son los asexuados, los andróginos, ya sean mujeres u hombres, y es por encima de ese cúmulo de estas entidades amorfas que reivindicamos el derecho para las criaturas, quienes al salirse un tanto del marco de su esencia femenina, se externan con rasgos de noble varonilidad. Sus obras poseen carácter, nos sugieren alguna emoción; eso ya basta.

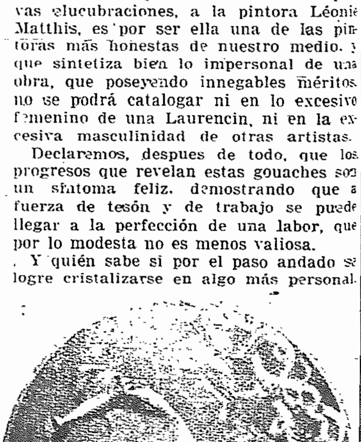
Era justo combatir el prejuicio de los hombres, quienes quisieran que todas las mujeres se parecieran a Safo o, para buscar un ejemplo más cercano, a la Delmira Agustini.

—

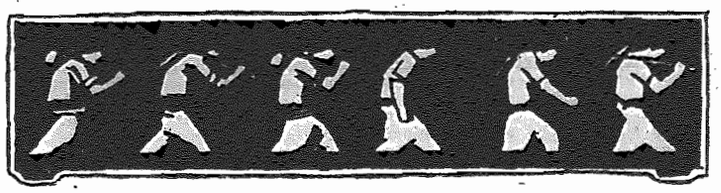
Si hemos tomado como pretexto o cabeza de turco para volcar nuestras parvas elucubraciones, a la pintora Léonie Matthis, es por ser ella una de las pintoras más honestas de nuestro medio, y que sintetiza bien lo impersonal de una obra, que poseyendo innegables méritos no se podrá catalogar ni en lo excesivo femenino de una Laurencin, ni en la excesiva masculinidad de otras artistas.

Declaremos, despues de todo, que los progresos que revelan estas gouaches son un síntoma feliz, demostrando que a fuerza de tesón y de trabajo se puede llegar a la perfección de una labor, que por lo modesta no es menos valiosa.

Y quién sabe si por el paso andado se logre cristalizarse en algo más personal.



LA ALUMNA



Los esposos Claudian estaban encantados con la fisonomía de la nueva criada. Valeria, una robusta mocetona de diez y ocho años, bastante alta, morena, delgaducha, la cara pequeña, la nariz larga y un aspecto general de no "ser negada", demostrando, por el contrario, "ser inteligente por natural cultura".

—Vienen pronosticando que llegará día en que todas las sirvientas se hallarán provistas de un diploma de estudios superiores — decía el señor Claudian — creó que no tardaremos en llegar a ella.

Pero ¡qué sorpresa! Cuando se le entregó la libreta donde se inscribían las compras y los encargos del día, Valeria confesó que no sabía leer ni escribir.

—Éramos muchos en casa y yo, como la mayor, hube de cargar con todos los demás. Cuando ya no hubo chicos que cargar, la época de ir al colegio había pasado.

La señora Claudian llamó a su hija que volvía de sus clases.

—¿A qué no adivinas algo de extraordinario? ¡Valeria no sabe leer!

Berta, a los trece años era una chica bastante agraciada: Rubia, de ojos azules, con hoyitos en las mejillas, físicamente bonita, aunque en lo moral bastante insignificante, sin personalidad todavía. Halló una cosa sumamente divertida la ignorancia de Valeria y se complació en señalárselo a una de sus amigas, Dionisia, un jueves en que la señora Claudian daba un té a las condiscípulas de su hija.

Cuando las niñas estuvieron reunidas en la sala, Dionisia interpeló a la criada que esperaba órdenes, de pie ante una mesa cargada de masas y refrescos.

—Haga el favor Valeria. ¿Qué dice esa etiqueta que tiene la botella colocada? No, no me la haga pasar. No es eso lo que le pido. Soy bastante corta de vista y no he traído mis anteojos. Sólo deseo saber qué dice sobre la etiqueta. Léamela, por favor.

—Señorita, dice... Está escrito: granadina.

La inscripción rezaba: licor de frutillas.

Una gran hilaridad reinó entre las jovencitas. Dionisia quería que Valeria leyera todas las etiquetas; las niñas se acercaban, formaban rueda, como si se tratara de alguna exhibición cómica.

Valeria demostróse extremadamente sensible a esta mofa: daba la impresión de que al poder hacerlo, hubiera pegado rudos golpes a toda la reunión.

Hasta hubo esto de particular: durante toda la tarde su rostro conservó una expresión de maldad. Indudablemente, era de natural vengativo e igual a lo que pasa a muchas personas, guardaba dentro de sí las maldades no espontáneas, pero que dada la ocasión, podían fácilmente surgir.

Berta experimentó al principio el simple descontento de una dueña de casa que se ve criticada por sus invitados: se mofaban de un detalle de su organización doméstica.

Luego, durante varios días, un disgusto la perseguía, un malestar inexplicable y de pronto, sus impresiones se aclararon: era imprescindible que enseñara leer a la sirvienta.

Valeria aprendió tan pronto a leer y escribir, que la benévola maestra halló grado en instruirla y dióle nociones de gramática, aritmética, historia, geografía, etc.. En una palabra, trató de enseñarle un poco de lo que ella sabía.

Entonces se produjo un sorprendente contecimiento: Valeria poseía una mentalidad nueva, ávida y fuerte; demostró una prodigiosa memoria y una ilimitada facultad de absorción. Comprendía todo lo que le explicaban; bastábale leer una sola vez un libro escolar para retener su contenido.

Tragó, asimiló, sin cansancio ni desfallecimientos todas las nociones que Berta quiso inculcarle; trabajó sola en su cuarto, todas las noches. Así fué cómo, en el espacio de dos años, con sólo una o dos horas de lecciones cotidianas, resultó tan instruída como su "profesora", y ésta era una de las alumnas más aventajadas de su colegio.

Berta era a los diez y seis años de la misma altura y conformación que Valeria y ésta usaba las prendas de vestir que su ama le regalaba.

Una mañana, Berta precipitóse en el cuarto de su mamá, como si hubiera estallado un incendio dentro de la casa.

—¿Sabes, mamá? acabo de examinar a Valeria: metida dentro de uno de mis viejos vestidos, y de pronto, he reflexionado: ¡Vamos a ver, ahora que esa mujer posee una instrucción igual a la mía, se ha convertido en mi igual! ¿Acaso la diferencia de valer entre dos personas — la criada y yo, por ejemplo, — es siempre una cuestión de suerte? ¿Podrásela atribuir únicamente a la diferencia del reparto de la instrucción, o desaparecerá cuando la suerte iguala a ambas?

La señora Claudian sonrióse y alzando los hombros, contestó:

—En principio, nada puede plantearse. Sin embargo ,el buen sentido afirma que las personas son distintas, a pesar de la igualdad de la instrucción, como a pesar de la igualdad del dinero. Siempre habrá una desigualdad de valor moral, como consecuencia de la raza y de la educación. De manera que, Valeria, nunca podrá usar de la cultura recibida, del mismo modo que tú.

—¿Y por qué no, mamá?

—Valeria presenta una figura sin luz, sin inventiva, sabe únicamente por su memoria. El saber no ha impregnado toda su substancia; no se ha incorporado lo bastante en ella como para darle la facultad creadora: sólo podrá *repetir*, pero nunca servirse de lo que ha aprendido sino bajo la forma de recitado.

Berta permaneció inquieta:

—La cuestión que me preocupa es la siguiente: en un caso determinado, ¿Valeria obrará del mismo modo que yo? Me conformo y me es grato haberla hecho tan sabia como yo, pero quisiera guardar la superioridad comprensiva: me fastidiaría de que Valeria hubiérase apropiado de mis "sentimientos".

La señora rióse francamente:

—¡Era eso lo que te procupaba! Es muy humano, muy natural y, sin duda, es muy necesario en la vida. Se desea ser superior a los demás. Y bien, hijita, tranquilízate. Sería muy ventajoso para tí, si Valeria hubiera tomado también tus buenos sentimientos. No existe mayor mérito en enseñar a los demás lo que se acumula en la memoria; pero hay un inmenso mérito en transmitir lo que se aprende con el corazón. Esa es una obra meritoria y muy rara, pues para ella, es necesario poseer eminentes dones.

—Sí, pero entonces se pierde la superioridad.

—Error, error completo! Bajo ese prisma, los mejores alumnos no pueden impedirnos de ser siempre sus maestros: nos elevamos moralmente en la misma proporción que los alzamos, de manera que la proporción perdura. No perdemos terreno. La diferencia de renta subsiste entre el patrón y el empleado que recibe una parte de los beneficios, aunque el empleado se vuelva tan adinerado como lo era el patrón en sus principios.

Berta rióse a su turno, pero con alguna nerviosidad.

—En verdad, que es una obra buena educar a los demás, transmitiendo los dones acumulados en el corazón, pero para ello es necesario estar dotado de un gran corazón. Yo, por ejemplo, no me doy cuenta.

La señora, por espíritu burlón, afectó un tono grave.

—Yo tampoco, hijita, no me doy cuenta. En general, nunca se es lo que se cree ser, lo que se quiere ser o lo que se aparenta ser. Uno se ignora y se es ignorado. Hay personas que creen y quieren ser bondadosas y sólo tienen inteligencia y vanidad.

—¡Ah! ¡Dios mío! — exclamó Berta aterrorizada.

—Pero también desde ese punto de vista, el alumno revela infaliblemente el maestro. Sí, el alumno no toma sino la *cercha* del maestro. De manera que, por Valeria, podríamos saber la *verdad* de tus sentimientos.

—¿Te parece?

—Del mismo modo que cuando te pruebas un vestido, Valeria te presenta el espejo para que puedas verte exteriormente, puede hacer que te examines interiormente.

Berta permaneció pensativa, desconfiada.

La mamá prosiguió, siempre chanceándose:

—En estas cosas, lo mejor es no profundizarlas. Valeria, podría revelarnos alguna cualidad egoísta acentuada por tu influencia. Tu deseo de no ser igualada moralmente no es un indicio muy generoso.

Después de algunos días de vacilación, Berta no pudo resistirse de someter a Valeria a una prueba.

—Esta tarde espero algunas amigas del colegio, y como estamos a final del curso, sólo se habla de composiciones, de exámenes orales y escritos. Organizamos juegos de interrogaciones y las perdedoras se enojan, demostrándose malas jugadoras. Siempre son las mismas: Dionisia, Clara, Fernanda, que son las últimas de la clase. Entonces, Valeria, se me ha ocurrido hacerles una linda jugarreta, al mismo tiempo que usted tomaría su revancha. ¿Recuerda cómo esas niñas se reían cruelmente porque no sabía usted leer? Sobre todo, Dionisia. ¡Y bien, le llegó a usted el turno de humillarlas! En un momento, cuando esté usted yendo y viniendo alrededor de la mesa, interrogaré a Dionisia sobre varios temas. Para hacer notar su falta de saber, me dirigiré entonces a usted, quien dará la oportuna y exacta contestación. ¿Se imagina la bofetada, la confusión que experimentará la pretenciosa Dionisia? Pues son las más ignorantes, las que son más quisquillosas en cuestiones de amor propio.

Valeria sonreía para hacer ver que había comprendido pero, con las cejas fruncidas, hacía resueltamente: "No".

—¿Por qué? —insistía Berta—.Recuerde qué cólera tenía usted contra Dionisia. Y como le preguntaré alguna cosa de las que estoy segura que usted domina completamente, puede estar segura de su triunfo.

Valeria, ahora sería, contemplaba a su ama con grandes ojos, de enorme sensibilidad. ¡Qué palpitante incertitumbre para Berta!

—Me está mirando como a un libro abierto.

—Sí, señorita. Ha dicho usted la verdad.

—Entonces, ya que sabe todo lo que está contenido dentro de ese libro que soy, no tenga ningún reparo. Garanto el éxito...

Nuevo signo negativo.

—¿Cómo, no? Explíquese.

Valeria, el rostro lleno de pensativa dulzura, pero con los ojos sin visión, dijo:

—No me ha enseñado usted a humillar, a causar penas...

Berta echóse a reir a pequeñas sacudidas, que mucho se asemejaban a sollozos mal reprimidos, como un autor lo haría ante su obra aplaudida, como un autor que presencia el efecto emocionante producido por el amor humano tan púdico vibrado de su ser sensible.

—¡Gracias, Valeria!

LEON FRAPIÉ

Una reputación inventada

Desde hace mucho tiempo, Marx pasa por haber destruído el capitalismo con ayuda de su *Capital*, y por ser un economista asombroso. Sus escritos se han convertido en otros tantos evangelios, y su autor en el profeta del socialismo que, según muchos marxistas, no existía hasta que lo descubrió Marx.

Esa leyenda corría tanto menos el riesgo de ser contradicha en Francia cuanto que nadie, salvo aquellos que conocen el alemán, pudo leerlo, ni siquiera sus discípulos más fervientes, me temo, — pues no existió hasta hoy más que una mala traducción de uno de los libros del *Capital*, aparecida hacia 1877 ó 1878 en la casa Maurice Lachatre. Más tarde vió la luz un resumen por G. Deville.

Algún tiempo antes de la guerra, en casa de Bellay, creo, habían aparecido tres o cuatro volúmenes traducidos por uno de nuestros amigos, León Remy, perteneciente al grupo de los Estudiantes socialistas internacionalistas, pero su precio era inabordable para las pequeñas bolsas.

Nos era preciso aceptar a Marx tal como nos lo presentaban sus admiradores y considerar *El Capital* como la biblia del socialismo.

Había encontrado algunas fórmulas que a primera vista ilusionaban: "¡el materialismo histórico! ¡el capitalismo se destruye a sí mismo!"—¡fórmulas cómodas para los que buscan el menor esfuerzo! ¡y su famosa "lucha de clases"! que olvida que, si existen ricos y pobres, millonarios y desarrapados, no hay, en realidad, verdaderas separaciones entre esas diversas categorías de ciudadanos. ¡Cuántos ricos de hoy fueron pobres ayer, cuántos pobres de hoy tienen esperanza de ser ricos mañana! y algunos de ellos lo conseguirán, a fin de mantener en las masas esa esperanza saludable. Que entre los capitalistas, es decir, los poseedores, y los no poseedores, hay una numerosa multitud de intermediarios que dependen de unos o de otros. Que la única guerra que importa es la guerra de los explotados contra los explotadores.

El editor Costes, que emprendió la publicación de las obras de Marx, ha venido, pues, a llenar un vacío. ¿Habrá prestado un servicio a la memoria de Marx? Esa es harina de otro costal.

Me he puesto, pues, a leer a Marx para llenar una de las lagunas de mi educación, pues hasta aquí no lo había conocido más que por su reputación. Pero desde el primer volumen me he preguntado si mis facultades de comprensión no habían decrecido.

Hasta aquí me había creído capaz de leer no importa qué libro, por abstruso que fuera, y aún de comprenderlo si tenía algo comprensible. Pero desde las primeras páginas del primer volumen, todo mi entendimiento se trastornó. No ví en él más que un fuego de artificio de

frases sin significación, — para mí, al menos, — soluciones a problemas que no solucionan nada, palabras de mil orígenes que no designan nada real, no haciendo más que complicar el problema y oscurecerlo. No he logrado en absoluto comprender lo que quiso decir el autor.

Y lo que es peor, la lectura de los volúmenes siguientes no me trajo ningún esclarecimiento.

Evidentemente se ve que Marx combate el capitalismo y la explotación, porque, de tanto en tanto, cuando cree haberlo demostrado, afirma que el capital no está constituído más que por el trabajo no pagado, confiscado, por consiguiente, a los trabajadores, pero su demostración no demuestra absolutamente nada.

He leído los cuatro primeros volúmenes de *El Capital* que aparecieron hasta aquí. He leído los tres primeros volúmenes de su refutación de las teorías económicas; aparte de algunas buenas páginas, tomadas a los informes de los inspectores ingleses de fábrica, sobre la explotación intensa de los niños y de los trabajadores en Inglaterra, hace 60 años, no he visto ningún argumento válido contra el capital.

Afirmaciones, sí. Pero el gran reproche contra los socialistas anteriores a Marx, es que no sabían aportar más que afirmaciones sin pruebas, sin argumentos en su apoyo.

Marx adoptó el lenguaje de los economistas para refutarlos, pero no se hizo más claro. Y según mi humilde opinión dispuso contra el capitalismo muchos menos argumentos que sus predecesores socialistas, que no se contentaron con afirmar siempre, sino que supieron argumentar y dar la demostración de la exactitud de sus críticas.

En los informes que he dado de los volúmenes aparecidos, reproduje algunos pasajes cabalísticos, df algunos de sus problemas aritméticos, que tienen la pretensión de resolver la cuestión social en fórmulas algebraicas; no volveré sobre eso en este artículo.

He demostrado igualmente que en ciertos casos su argumentación no destruía de ningún modo la de los economistas ortodoxos, y no puedo menos de enviar al lector a esos artículos para no repetirme (en las *Publications de la Révolte et des Temps Nouveaux*).

Cuando yo era joven, mi abuela vino a visitarnos a París. Un día que volvía de un paseo nos dijo: "pero la vecina de arriba es también de Auvernia".

—¡Como, dijo mi padre, una auvernesa!

—¡Sí, le hablé en *patois* y me respondió.

Nosotros comenzamos a reir.

—¿Cómo habría podido hablarte en *patois*, replicó mi padre, si es alsaciana y apenas puede hacerse comprender en francés? ¿Qué es lo que te ha contado?

—Ah, no lo sé.

Esa historia me vino a la memoria al leer a Marx. El *patois* de los economistas de que se sirve con tanta habilidad es de la misma categoría que aquél de que se sirvió mi abuela para conversar con la alsaciana. Habrán podido tener una larga conversación, pero eran incapaces de decir lo que habían discutido.

Todo economista tiene su jergá particular, con la que llena volúmenes, que los otros economistas no comprenden, lo que no les impide escribir volúmenes en su jerga especial, pretendiendo probar un montón de cosas, que los no iniciados no entienden en absoluto. Tengo como una vaga intuición de que ellos mismos no se entienden. Pero ¡silencio! no hay que gritar demasiado, pues correría el riesgo de ser tratado de beocio.

Para combatirlos, Marx les toma su jerga, complicándola en fórmulas algebraicas — lo que le hace más cien...tífico. Os levanta un hermoso castillo de palabras. Y para concluir, afirma que el beneficio del capitalista es trabajo no pagado. Lo que es verdad. Lo que se había dicho antes de él, pero que él no demuestra de manera alguna a pesar de todos sus razonamientos.

Los economistas parten del principio que "la organización social actual, tal como es, con su clase de poseedores y su estrato de desposeídos obligados a vender su fuerza de trabajo a los que poseen la tierra y los instrumentos de producción, es legítima, natural, y que no puede existir una organización mejor, ni más justa; que, por consiguiente, son también legítimos los resultados que de ella se derivan.

Si se derivan algunas veces malos resultados, acusando algún vicio de organización, si no son el hecho de malintencionados, de criminales que abusan, no son más que simples anomalías que no se puede siempre prever ni impedir, — ¿puede existir algo perfecto en este mundo, dada la naturaleza imperfecta del hombre?, — pero que con el tiempo se tratará de remediar... si es posible; ¡que hay que saber soportarlos si no se encuentra remedio!"

A este postulado, si se quiere combatirlo, hay que oponerle otro: la ilegitimidad de la organización social actual, la injusticia del hecho que los que trabajan en proveer a las necesidades de todos sean forzados a restringir sus necesidades más legítimas, mientras que los que se contentan con hacerles trabajar viven en la abundancia, en el lujo, transmitiendo a sus descendientes los medios de vivir de igual modo sin tener que laborar con sus propias manos, ni siquiera con su cerebro.

En efecto, si el dinero es un agente social necesario, si la posesión de los medios de producción por algunos es legítima, el razonamiento de los economistas es la cosa más lógica.

Si tengo dinero disponible, ¿por qué — me desprenderé de él en favor de un señor que lo empleará en una empresa que le producirá beneficios? Si yo me privo de los goces que podría procurarme ese capital, es justo que me llegue una parte de los beneficios que contribuirá a producir, sin contar las garantías que me aseguren contra la pérdida de mi capital.

Esto es tanto más legítimo cuanto que, al prestar ese dinero a aquel o aquellos que lo harán producir, ayudo a ejecutar trabajos que podrán ser útiles a la colectividad y, sin duda no habría podido ser ejecutados si no hubiera yo proporcionado los medios; sin contar a los trabajadores a quienes se ayudará a vivir por el trabajo que se les dará.

¿No tendría el derecho a considerarme como un bienhechor público?

—"¡A tanto por ciento!", de acuerdo. Pero si todos los que tienen dinero lo guardan en sus cofres, sin hacerlo producir, por no poder ponerlo en circulación ellos mismos — lo que ocurriría si no se encontrasen beneficio, no habría industria posible. Al prestar mi dinero contribuyo a la prosperidad social.

Alguien podrá decirme que si guardase el dinero en mi caja de caudales, ésta acabaría por quedar un día vacía y entonces me vería forzado a acudir al Monte de Piedad.

Pero, ¡no hay que detenerse en todas las objeciones más o menos bizarras de los que son incapaces de apreciar las bellezas del orden social existente!...

Por otra parte, si las seguridades son vagas, es un riesgo el que corro, es absolutamente legítimo que, cuanto más grande sea el riesgo más elevado sea el beneficio.

El mismo individuo hará observar que si mis intereses son regularmente pagados, y mi dinero íntegramente reembolsado en la época fijada, no habré corrido ningún riesgo y que cuanto más elevado sea el interés, más puede contribuir a llevar a la bancarrota. Pero, una vez más, dejemos decir a las malas lenguas.

De igual modo, si decidido a hacer producir mi dinero por mí mismo, me hicera comerciante o industrial, no lo hago por los bellos ojos de mi futura clientela. Si trabajo debo obtener ganancias. Si pongo en ello un capital, ese capital debe igualmente ser productivo, sea prestado o salga de mi bolsillo. La sociedad no está organizada sobre la base del intercambio de servicios entre sus miembros, sino sobre las relaciones comerciales, de compra y venta.

La remuneración del trabajo, en nuestra sociedad, está basada en "ciertas" reglas de que es imposible separarse, bajo pena de muerte de la empresa.

Ahora bien, el trabajo de la inteligencia domina el trabajo manual. Es preciso mucha inteligencia para triunfar en los negocios. Yo no carezco de ella. Es pues justo que mi remuneración sea proporcionada a mi capacidad. ¡Y esta no es pequeña!

Sin duda, hay ciertos negocios que no exigen una gran suma. Es discutible. Pero producen o no producen. Si no producen, inútil discutir la remuneración que proporcionan. Si producen, el hecho de haber sabido hacerles marchar implica que su inventor ha sabido llevar a ellos la suma de inteligencia que faltaba a los que los han intentado y han fracasado. Pero es indiscutible que, al contrario, hay negocios que exigen mucha delicadeza y habilidad, que no valen más que por el modo como son manejados. El que yo mantengo es de ese número. Ahora bien, todo se paga en nuestro estado social. Entiendo que debo ser remunerado por todo lo que doy a la empresa: tiempo, trabajo, inteligencia, facultad de invención, capital, relaciones, etc.

Si estoy forzado a emplear el trabajo de los otros para su estimación debo tener en cuenta, no sólo las cargas más arriba mencionadas, sino también lo que pagan mis concurrentes. Si sobrepaso ciertos límites, mi empresa se liquidará con pérdidas.

Lo que está fuera de duda es que el salario de los que empleo no puede igualar al mío. No se mezclan los estropajos con las servilletas.

Y si tengo una invención que, por ejemplo, abreviará el trabajo en la fabricación de ciertos objetos o que permite producirlos en mayor abundancia, o cualquier otro mejoramiento favorable al público en general, ¿no es justo que yo sea el primero en beneficiarme de mi invención por un aumento de los beneficios?...

Que se raciocine lo que se quiera, es imposible demoler ese razonamiento si os poneis a discutir sin haber demostrado previamente la ilegitimidad de la organización social existente. Es decir, primero negar, la demostración vendrá después.

Marx discute primero en el terreno de los economistas y después de haber filosofado sin llegar a lo que quiere demostrar, acaba por donde habría debido comenzar: por negar la legitimidad del capital y del beneficio, afirmado por los defensores del orden de cosas existente.

Cuando se acepta la discusión del valor, de las formas de producción y de cambio, las relaciones del capital y del trabajo sobre el terreno en que los economistas entienden mantenerse hay que entrar en un laberinto del que Marx, digan lo que quieran sus admiradores, no consigue desenvolverse, si no es por afirmaciones cuya evidencia no se desprende de ningún modo de su razonamiento, y que se os presentan a veces como cabellos en la sopa!

Ningún razonamiento, ninguna fórmula algebraica, ningún problema aritmético llegarán a probar que el comerciante que saca beneficios de una operación comercial, que el industrial que se enriquece haciendo trabajar a los demás, no lo hacen legítimamente. Si admitís la propiedad individual, el salario, la moneda, una medida de valor, el acaparamiento del suelo y de los medios de producción por unos en detrimento de los otros, todo lo que se derive de ello es lógico.

¿Dónde está la escala que demuestra que los beneficios son ilegítimos a partir de una determinada cifra?

Tal comerciante o industrial encaja decenas, centenares de millones de beneficios por año; es escandaloso que aquellos que él emplea no vivan más que de privaciones; pero esos beneficios se explican por la extensión de sus operaciones, la importancia de los capitales que le consagra, la inteligencia que despliega, las invenciones que aporta.

¿Qué importa que ese magnate no haga más que embolsarse los beneficios y que el negocio marche gracias a la habilidad del estado mayor de directores y empleados que estableció? No es menos bajo su vigilancia — nominal o real ¡qué importa! — que se supone marcha todo, y su ganancia es el producto legítimo de su trabajo, de su inteligencia, la remuneración de los capitales que ha empleado.

Para ser capaz de negar eficacia a esa legitimidad, es preciso negar previamente la legitimidad de la renta, del beneficio. Es preciso sobre todo demostrar la falsedad de la famosa "medida de valor" que Marx trata de establecer con los economistas.

La medida de valor no mide absolutamente nada, aunque se base en la hora de trabajo. Es falsa, es archifalsa. Es una medida de goma que se empequeñece y se alarga según se midan las categorías de trabajo, para alargarse indefinidamente cuando se trata de medir el trabajo del capitalista o el de los defensores del capital.

Hay que probar que el salario, tal como existe, no es más que una forma evolucionada de la esclavitud, que el que lo recibe está condenado, en tanto que viva, a tener que vivir de un salario, a permanecer esclavo, a vegetar en una existencia de continuas privaciones, estimándose feliz si llega a saciar más o menos el hambre. A condición de que ese salario no le falte completamente.

Claro está, no refiero al trabajador manual y no al trabajo de ciertos privilegiados que pueden vivir como capitalistas con el salario que reciben.

Tomemos como ilustración una rama de oficio cualquiera, la de la zapatería, por ejemplo.

Supongamos que un obrero puede hacer un par de zapatos por día. Hará diez, hará diez, el cálculo sería el mismo en su conclusión, pues el precio disminuiría a medida que aumenta la producción. Ese par de zapatos se le paga por ejemplo 50 francos, es vendido a 110 al comercio; no tendrá más que trabajar dos días y la quinta parte de un tercero para comprarlos. Que logre hacerse pagar 10 francos más por el par de zapatos, entonces sólo tendrá que trabajar dos días para comprarlos y le quedaría un beneficio de 10 francos.

Pero — hay peros... — el industrial que ha calculado que su cifra de negocios debe darle un tanto por ciento de beneficios, termina por agregar esos 10 francos al precio de venta — cuando no más en su provecho — y venderá su par de zapatos en 120 francos. De suerte que nuestro zapatero tendrá que trabajar dos jornadas para pagar ese par de zapatos.

Sí, pero... — ¡nos volvemos a encontrar con otro pero! — es muy raro que el industrial venda directamente a los consumidores; los artículos pasan por un número mayor o menor de intermediarios que la mayoría de las veces tomará el pretexto del aumento sufrido para agregar un aumento nuevo en su beneficio, de modo que nuestro zapatero deberá considerarse feliz si los zapatos que usa por su propia cuenta no le cuestan como antes de su aumento de salario más que dos jornadas y una quinta parte de una tercera.

Sí, pero se dirá, no se usa más que un par o dos de zapatos por año. Su ganancia le queda en lo que concierne a la compra de otros productos necesarios a la existencia. Todo objeto, para él, habrá disminuído así de precio, lo que le permitirá consumir más.

¡Evidentemente! ¡si no chocáramos aquí con otra serie de peros!...

Será un beneficio para él en tanto que las otras corporaciones no le imiten, estimuladas por su ejemplo, y no pidan también salarios más elevados. Eso puede durar un tiempo mayor o menor. Pero un aumento de salarios en una corporación no tarda en provocar otro aumento en las corporaciones vecinas. Al fin de muy poco tiempo, con raras excepciones, los aumentos de salarios se encuentran anulados por el aumento del costo de la vida. A veces queda un ligero beneficio para el asalariado, a veces un pérdida.

"Es sin embargo innegable — se dirá — que las condiciones de existencia se han mejorado para los trabajadores, lo que implica, por consiguiente, que el salario no tiene sobre el costo de la existencia repercusiones tan ineluctables como Vd. quiere decir."

En efecto, la situación del salariado se ha mejorado en el curso de los siglos, pero ese aumento de bienestar se debe a muy otras causas que a los aumentos de salario. Este último habría podido quedar invariable y las condiciones de existencia se habrían mejorado para el salariado como se van mejorando para el capitalista mismo.

A causa del desenvolvimiento general hubo un aumento de bienestar general que no pudo menos de hacerse sentir sobre el salariado.

—"Y por tanto se aprovechó para aumentar sus necesidades".

Aumentarlas, no. Satisfacer algunas más, sí. Es una desgracia que, a pesar de todos los esfuerzos, no se haya podido

do tener al proletariado en un estado completo de ignorancia. ¡Es una tarea difícil la de sujetar a cada cual en su puesto!

En todo caso ese aumento de bienestar es muy relativo. Está siempre en los límites del salario. El obrero no puede nunca satisfacer más que una parte de sus necesidades, las más primordiales, permaneciendo siempre ayuno de muchísimas más. Y aún para no sufrir privaciones demasiado rudas, es preciso que sea privilegiado. Que no tenga cargas familiares demasiado grandes, que no tenga que sufrir enfermedades demasiado largas y costosas, o frecuentes, ni que sufrir períodos de desocupación demasiado largos. El salario ha reemplazado a la argolla que mantenía al esclavo junto al amo, y es una argolla tanto más sólida cuanto que parece dar una cierta libertad al que lo recibe, cuando al contrario, lo aprisiona en una situación inferior de dependencia y mediocridad.

Veo la réplica de los defensores del capital:

"¡Cuántos ex obreros no se ve convertirse en patrones, crearse inmensas fortunas, sin contar la cantidad de los que llegan a formarse algunas rentas para sus últimos días!"

Sí, hablemos de ellos. Al economizar, es decir, al agregar nuevas privaciones a las que constituyen el lote de toda su clase, negándose a veces hasta lo más necesario, los trabajadores — sobre todo la clase doméstica — llegan a constituir pequeñas rentas. Consiguen emanciparse del trabajo, es verdad, pero continuando la privación de una multitud de disfrutes que, sin embargo, constituyen parte de la vida normal, puesto que son una necesidad para nuestros amos!

En mi juventud he visto eso en la colonia auvernesa. He visto a los campesinos llegar a París para ganar dinero, trabajando, penando para "ahorrar". Cuando lo conseguían partían, no para Siria, sino para "el hogar", pero morían prematuramente por las privaciones voluntariamente soportadas. Tal es la perspectiva del asalariado.

Regla general, el que no tiene más que su salario para vivir, no consigue nunca emanciparse. No son más que raras excepciones, y a condición de vivir siempre una vida mediocre, los que llegan a vivir de sus rentas. No consiguen enriquecerse más que los que, favorecidos por circunstancias excepcionales, sin verse trabados por los escrúpulos, se ponen a explotar a sus ex camaradas de cadenas.

Para demostrar eso no hay ninguna necesidad de emplear el idioma de los economistas que no hace más que complicar y obscurecer el problema, extraviar la comprensión del lector en una complicación de fórmulas y de términos inextricables.

Como esta frase, por ejemplo:

"En otros trabajos industriales, no se propone modificar la forma del objeto; sino cambiarlo simplemente de lugar. Por ejemplo, las mercaderías traídas de China a Inglaterra. No es, pues, así como hay que entender la materialización del trabajo en la mercadería. La ilusión procede aquí de que una relación social se presenta bajo forma de objeto. Lo que es exacto es que la mercancía aparece como un trabajo pasado, materializado, y que, por consiguiente, si no reviste la forma de un objeto, no puede tener más que la fuerza de trabajo, no directamente como un trabajo viviente, sino por un rodeo que puede parecer indiferente en la práctica, pero que no lo es en la determinación de los diversos salarios. El trabajo productivo sería, pues, el que, producto del trabajo o producido directamente, forma, desarrolla, conserva reproducida la forma del trabajo mismo". (*Histoire des doctrines économiques*, tomo II, pág. 34).

Podría citar infinitamente. ¿Qué es lo que se gana hablando de trabajo pasado? ¿Qué quiere decir eso de fuerza de trabajo, trabajo vivo?

Que se fabriquen objetos, que se lave la vajilla o se barran calles, que se transporte mercancías de un país a otro o que se las haga atravesar simplemente la calle: ¿es que todo eso no es trabajo, fuerza e inteligencia gastadas? — más o menos de la una o de la otra, según la naturaleza del trabajo hecho, o incluso del modo como es realizado. Los que lo han realizado no se han hecho por eso menos útiles.

Ciertamente, hay muchos trabajos inútiles, incluso para los que los hacen hacer. En todo caso, inútil socialmente. Una de las bellezas de la sociedad actual, está en que gran número de trabajos inútiles son hechos para satisfacer algunos excéntricos o tocados que tienen los medios para derrochar las fuerzas sociales, cuando tantas obras útiles esperan años, a veces siglos antes de ser realizadas.

Es que los economistas tienen necesidad de esas distinciones. ¡No habría que distinguir entre trabajo y trabajo! Hay trabajos que exigen más inteligencia, mucha más inteligencia que otros, que no todos son capaces de hacer. Es justo que la inteligencia y el talento sean bien retribuídos. De ahí esas clasificaciones que, en el fondo, no son más que nimiedades, pero que sus inventores han llegado a hacer considerar como la alta ciencia.

Estando nuestra sociedad basada en una retribución graduada — supuestamente — sobre el mérito personal, — o la nobleza del trabajo — parece, a primera vista, que ese sea el ideal de justicia. ¿No se practica eso desde hace tantos siglos?

No se olvida más que una cosa: que no existe escala ni medida para evaluar el gasto de esfuerzos de cada uno, menos aún para la cantidad o la calidad de inteligencia desplegada en el mismo trabajo. Todas las apreciaciones y computaciones son aproximativas, y, sobre todo, lo más arbitrario que se pueda imaginar.

No existe más que la hora de trabajo para llegar a una aproximación que parecería justa, y no lo es: porque en el mismo intervalo de tiempo unos pueden desplegar más habilidad, más inteligencia, gastar más fuerza que otros.

Para aplicarla, habría que emplear un término medio de lo que diversos obreros pueden producir en una hora, aventajando así a los más lentos, a los más débiles, a los menos desenvueltos, en detrimento de los más fuertes o más inteligentes.

"¡Que se pague más a los que producen más en el mismo lapso de tiempo!"

Hay trabajos que no se prestan a eso. ¡Tal método no implica más justicia que los otros! ¿Entonces?...

En realidad es preciso que todo el trabajo social se haga, las tareas consideradas bajas e innobles tanto o más que las consideradas como más elevadas. Si no hubiese no "inteligentes", sería preciso que los inteligentes las realizaran.

En el fondo todas estas distinciones existen más en nuestra manera de ver que en la realidad. No hay más que trabajos agradables, repugnantes o neutros. Todos los que contribuyen al trabajo social — y llamo trabajo social a todo el trabajo que tiende a la satisfacción de nuestras necesidades—, debe, justamente, poner al trabajador en situación de satisfacer las necesidades suyas.

Sí, pero... eso exige otra organización social, y eso es lo que no quieren admitir los que han tomado a su cargo la defensa de las instituciones existentes.

Que se vuelva la cuestión como se quiera, es siempre a esa solución a la que hay que llegar. Tal como está constituída, la sociedad no se sostiene más que por la arbitrariedad o aproximadamente. Para volver a lo normal y a la justicia, todo su mecanismo debe ser cambiado. Los economistas pueden embrollar la cuestión todo lo que quieran, discutiéndola en una jerga llena de palabras raras; pero no llegarán nunca a demostrar que es justo y legítimo que los que producen todo lo que se necesita para la vida, estén condenados a vivir de privaciones, cuando los que se contentan con hacerles trabajar, pueden satisfacer no sólo todas sus necesidades, sino, además, todo lo que el capricho puede inspirarles. Creo haberlo dicho ya. ¡Qué importa!

En las páginas 50-60, tomo II de la misma obra, discute Marx si Ricardo tiene razón al investigar si un aumento de salario afecta el valor de la mercancía, produce una rebaja o un alza de precio de la misma.

¡Qué cuestión bizantina! ¿Qué tiene que ver eso con la legitimidad o ilegitimidad de la explotación?

Si el industrial ha debido ceder a las exigencias de sus obreros — lo hemos visto más arriba — claro está que su primer acto será, si el estado del mercado se lo permite, hacer sufrir a su clientela el aumento de que ha sido "víctima". La mercancía aumentará de precio, por consiguiente.

Si la concurrencia no se lo permite, habrá, no menos evidentemente, una disminución de sus beneficios. A menos que no lo recupere por una reorganización más económica de su fábrica, una reducción de sus gastos generales. ¿Pero qué es lo que eso nos interesa en relación a la legitimidad del salariado?

En la página 140 del tomo III, de la misma obra, encuentro esto: "Valor de trabajo y cantidad de trabajo permanecen expresiones sinónimas, en tanto que se trata de trabajo materializado. Cesan de serlo cuando se trata de trabajo realizado y de trabajo vivo." — —

¿Qué es el trabajo vivo? Pero continuemos.

"Dos mercancías se cambian según el trabajo que está realizado en ellas, es decir, por las cantidades iguales. Su medida de valor es el tiempo de trabajo: es por eso que tienen más o menos valor según que se cambien contra más o menos de esa medida. Si la mercancía A contiene una jornada de trabajo, se cambia contra otra que contiene otro tanto, y tiene más o menos valor según que se cambie contra más o menos trabajo realizado en otras mercancías, porque esa proporción de cambios no expresa más que el *quantus* relativo de trabajo que encierra."

Marx no es sino un atascador de cráneos; con el mismo título que los economistas a quienes pretende combatir. Todo ese párrafo no es otra cosa que verborrea, con una mentira además.

No es verdad que sea sólo el trabajo incorporado el que establece el precio de la mercancía. Hay que tener también en cuenta la renta del capital empleado, el alquiler de la fábrica, los impuestos que pueden gravarla, sin contar los derechos de aduana que ponen los industriales de un país al abrigo de la concurrencia extranjera, permitiéndoles aumentar sus precios, robar más al consumidor. —

Tenemos aún la materia prima que puede ser un producto natural, pero puede haberse convertido en un monopolio, y cuya tasación, entonces, no conoce otros límites que la avaricia del que o de los que han sabido apropiársela.

O bien la novedad del objeto cuya fabricación — al comienzo al menos — es el monopolio de su inventor que puede fijar el precio que quiere.

Por otra parte, la remuneración del trabajo no es idéntica en las diversas ramas de industria. El salario de un sastre no es el mismo que el de un albañil o de un joyero, y el de un peón es inferior al de un obrero de oficio. Y según las regiones, el salario no es semejante en la misma rama de industria.

Una vez más, no hay, no puede haber medida exacta del valor. La concurrencia puede impedir a la avaricia de ciertos industriales y comerciantes sobrepasar determinados límites, pero no detenerla completamente. Y como vemos, los industriales y comerciantes multiplican los trusts y sindicatos en vista de imponer su voluntad a los clientes, y uno de los buenos efectos de la concurrencia se encuentra destruído de ese modo.

El grupo de los consumidores en liga de resistencia, podría, es verdad, poner en jaque a los sindicatos patronales, pero la pasividad del público parece, por el momento, no tener límites.

..."La concurrencia de los capitalistas entre sí, de los capitalistas con los compradores o de los compradores entre sí hace que en una esfera particular de la producción, el valor de la mercancía esté determinado por la masa total del tiempo de trabajo social necesitado por la masa total de las mercancías de esa esfera particular, y no por los valores individuales de las mercancías o del tiempo de trabajo que cada mercancía ha costado a su productor y a su vendedor particular" (de la misma obra).

Si comprendo bien a Marx, quiere decir que en el mercado establece un precio medio sobre cada mercancía calculada sobre la masa de las mercancías, y no según el cálculo de cada productor. ¡Pero qué armazón de falsa ciencia! ¿Qué quiere decir esa logomaquia de la "masa total del tiempo de trabajo social necesitado por la masa total de las mercancías de esa esfera particular? La abundancia o la rareza de la mercancía tiene una acción mucho más preponderante y, gracias a los trusts y a los cartells de que hablé, los industriales consiguen ya reglamentar la producción.

En cada página choca uno con distingos que no existen más que en su imaginación y que inventa para darse un aire más "científico".

Provecho y plus-valía — la masa de la plus-valía influyendo sobre la masa del provecho. Agregad a ese embrollo la tarifa de la plus-valía, los precios reales, el valor natural, sin olvidar el valor de uso y el valor de cambio —. ¡Uf, no continuemos!

Todo lo que creo comprender en esto es que el valor de cambio es la mercadería que yo compro para revender, y el valor de uso la que compro para consumir. ¡Cuando digo que comprendo! así lo creo, al menos. Pero, el valor de uso o el valor de cambio ¿qué tiene que ver eso con la transación?

El que vende no se preocupa de lo que hará con su mercadería el que la compra. Tiene precios al por mayor y al por menor y eso es todo.

Los precios al por mayor, evidentemente, son precios para los que compran para revender. Pero el comerciante no se preocupa si el que compre su mercadería para revender la revende o hace confituras de ella para su consumo particular.

Toda mercadería que pasa por varios intermediarios es valor de cambio hasta que llega a manos del consumidor que la transforma en valor de uso. ¡Acabemos! ¿Para qué entonces la distinción? No hay más que la moneda y los billetes de banco que no se consumen y permanecen siempre valor de cambio.

En fin, siempre según Marx, toda empresa exigiría un capital constante y otro variable; otras tantas boberías, distinciones sutiles que pueden dar materia a un zurcido de consideraciones, pero que no tienen nada que ver con la cuestión social.

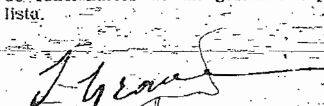
El comerciante o industrial que pone un capital en su empresa, no se para a distinguir si una parte de ese capital será constante o variable. Su cálculo es más simple: Yo pongo tanto, eso debe producirme tanto.

La única diferencia que hay que hacer, está en el capital empleado para la compra de las construcciones, de las máquinas e instrumentos que, además de la renta, debe producir una plus-valía para la amortización.

Sé que el promotor de toda empresa cuenta como capitalista su inteligencia, su habilidad, sus gastos de educación como razones para significar sus beneficios, pero no es a eso a lo que Marx alude, al hablar del capital variable.

No quiero inferir que Marx, en el curso de sus críticas, no haya hecho algunas constataciones felices sobre la mala organización social, pero esas no son nuevas. Fueron hechas anteriormente por los que, sin embarazarse con un lenguaje científico-económico de mentirijillas, habían constatado que todo no marchaba del mejor modo en la mejor de las sociedades capitalistas.

Su gran mérito fué haber descubierto las relaciones de los inspectores del trabajo inglés, que son una de las mejores requisitorias que hayan sido jamás formuladas contra la explotación capitalista, con esta calidad nueva: que emanan de funcionarios de un gobierno capitalista.



W. TCHERKESOF

Páginas de historia socialista

V

SUPERSTICION FATALISTA SOBRE LA CONCENTRACION DEL CAPITAL

Cada época histórica, cada partido político, ha estado inficionado de tal o cual idea falsa y a menudo nociva, no obstante estar admitida por todo el mundo como una evidencia. Hombres de grande capacidad y de gran talento sufrieron la influencia de semejantes ideas, del mismo modo que los espíritus de segundo orden que aceptan las opiniones de los demás sin inquietarse por su valor. Y si por casualidad, una de estas falsas apreciaciones llega a ser, después de discutida, formulada bajo una forma científica y filosófica, entonces su nefasta dominación se extiende sobre varias generaciones.

Existe una fórmula, una ley errónea, en la cual todos nosotros, los socialistas sin distinción de escuelas, hemos tenido hasta el presente una fe ciega. Me refiero a la ley de concentración del capital, formulada por Marx y admitida por todos los escritores y oradores socialistas. Entrad en una reunión pública, tomad la primera publicación socialista que os venga a mano, y oiréis o leeréis que, según la ley específica del capital, éste último se concentra entre las manos de un número de capitalistas cada día más restringido, que las grandes fortunas se crean a costa de las pequeñas, y que el gran capital se acrecienta por la expropiación de los pequeños capitales. Esta fórmula tan extendida es la base fundamental de la táctica parlamentaria de los socialistas de Estado. Con ella, la solución de la cuestión social, concebida por los grandes fundadores del socialismo moderno como una completa regeneración del individuo, como de la sociedad bajo el punto de vista económico y moral, con ella, repito, la solución resultaba tan simple y fácil... No había necesidad de una lucha económica de cada día entre el explotador y el explotado, ninguna necesidad de practicar desde hoy la solidaridad entre los hombres... nada de parecidos basura que los obreros votasen por los diputados que se llaman socialistas, que el número de éstos aumentase hasta alcanzar una mayoría en el Parlamento, y entonces se decretaría un colectivismo de Estado, y todos los explotadores se someterían pasivamente al voto del Parlamento. Ni siquiera intentarían la menor resistencia, pues su número, según la ley de concentración capitalista, habría disminuido infinitamente.

¡Qué bella y fácil perspectiva! ¡Figuraos! sin esfuerzo, sin sufrimiento, una ley fatal nos prepara un porvenir de felicidad. Es muy risueño ver las dificultades de un arduo problema a través de cristales de colores, sobre todo cuando se está ilusionado al punto de tener la profunda convicción de que la misma ciencia, la filosofía moderna nos enseñan tan consoladora verdad. Y precisamente esta pretendida ley presenta, en la exposición de Marx, todos los atributos de una verdad absoluta de la ciencia, de la filosofía modernas.

"La apropiación capitalista, conforme al modo de producción capitalista, constituye la primera negación de esta propiedad privada que no es otra cosa que el corolario del trabajo independiente e individual. Pero la producción capitalista engendra ella misma su propia *negación con la fatalidad que preside a las metamorfosis de la naturaleza*. Es la negación de la negación..." (*triada* absurda de la dialéctica metafísica) "La expropiación se verifica por el juego de las leyes inmanentes de la producción capitalista, *las cuales dan por resultado la concentración de los capitales*. Correlativamente a esta centralización, a la EXPROPIACION DEL GRAN NUMERO DE CAPITALISTAS, EFECTUADA POR EL PEQUEÑO NUMERO, etc..." (1). A medida que *disminuye* el número de los potentados del capital *que usurpan y monopolizan* todas las ventajas de este período de evolución social, se acrecienta la miseria". (*Capital*, pág. 342, edición francesa).

Sí, la miseria se acrecienta, pero no en la burguesía, no entre los pequeños capitalistas, sino entre los obreros, entre los productores.

Desde la publicación del *Capital* han transcurrido treinta años; desde que Marx formuló ésta ley que debe obrar "con la fatalidad que preside a las metamorfosis de la naturaleza", han transcurrido cincuenta años. Según toda probabilidad, la ley debería estar justificada a lo menos por algún fenómeno económico. Durante este tiempo, la producción y el cambio han tomado vuelos nunca vistos, las enormes fortunas privadas, los miles de millones han surgido, colosales compañías se desarrollaron... según esta ley, el número de los pequeños capitalistas tenía que haber disminuido. En todo caso, *no debía tener lugar ningún acrecentamiento en su número*... ¿no es esto? Pues vamos a ver lo que nos dice la estadística de Inglaterra. Me limito a este país, porque es renombrado como país de producción capitalista por excelencia, y porque el mismo Marx basaba todas sus especulaciones dialécticas sobre el análisis de la vida económica de Inglaterra, sin tener en cuenta el resto de la tierra.

Por de pronto algunas cifras sobre el enriquecimiento general.

Las riquezas nacionales de Inglaterra se han acrecentado, desde el comienzo de este siglo, como sigue:

EN MILLONES DE FRANCOS

	1812	1840	1860	1888
Casas	6.375	7.000	8.750	10.550
Camin. de hierro	—	525	8.700	21.625
Flota	375	575	1.100	3.350
Mercancías	1.250	1.550	4.750	8.600
Mobiliario, objetos de arte, etc.	3.250	9.250	14.500	30.300
Totales	11.250	18.900	37.800	74.225

Estas cifras nos indican bien claramente el verdadero origen de la formación de las grandes fortunas. Tomando la suma total de las riquezas, sin contar el valor de las casas, vemos que la suma modesta de 4.875 millones del año 1812 se ha elevado en 1888 á 63.875 millones, o de otro modo, se multiplicó por trece.

Se observa el mismo progreso en el acrecentamiento de las riquezas en todos los países civilizados. En Francia, según los cuadros de Fournier de Fleix y Yves Guyot, las cifras correspondientes son las siguientes:

EN MILLONES DE FRANCOS

	1824	1840	1873	1888
Casas	7.750	18.000	28.950	42.602
Camin. de hierro	—	250	6.750	13.300
Flota	175	175	300	325
Mercancías	475	575	3.000	3.875
Mobiliario, objetos de arte, etc.	6.375	9.000	16.875	21.300

Para mejor conocer el modo de distribución, es necesario consultar las cifras de impuestos sobre testamentos, herencias y sucesiones.

Según los informes nacionales para los años 1886-1889, había en Inglaterra en aquella época:

Clases de los Poseedores	Número de familias	Propiedad evaluada por familia	Valor total de las propiedades
Millonarios	700	21.750.000	14.962.000.000
Muy ricos	9.650	4.750.000	45.850.000.000
Ricos	141.250	662.500	58.200.000.000
Medio ricos	730.500	80.000	98.400.000.000
Necesitados	2.008.000	8.000	14.000.000.000
Pobres	3.916.000		

(Una sola de las anteriores cifras no corresponde al año 1869, pero sí al de 1875-76. Es la de 92.593 representando el número de contribuyentes poseyendo una renta de 3.750 a 5.000 francos).

(1) *En el texto inglés publicado por Engels después de la muerte de Marx leemos esta frase: "Un capitalista mata muchos capitalistas".*

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España", por Max Nettlau — Primer tomo de la BIBLIOTECA de LA PROTESTA.—

Un tomo en rústica, $ 0.50
Por más de diez ejemplares, se hará el 25 o o de descuento.

¡Qué instructivas son estas cifras! 882.100 familias que poseen 217 mil millones mientras que los dos millones de familias a 8.000 francos poseen tan sólo 14 mil millones!

Veamos en cuanto han variado las cifras desde 1845-1850, época en la cual se formuló la ley de Marx.

AÑOS	Propiedad término medio dejada por cada fallecido
1837-1840	2.325 francos
1841-1850	2.475 "
1861-1870	4.000 "
1871-1880	5.250 "
1881-1885	6.775 "

Evaluando el término medio de acrecentamiento a 125 francos por año, encontramos que este año (1896), cada súbdito de su majestad británica podría disponer de una fortuna media de 8.000 francos, o cada familia obrera más de 40.000 francos. ¡Y se nos querrá persuadir de que en nuestros días, en Inglaterra, no sería posible realizar el bienestar para todos!... Pero volvamos a nuestras cifras. Según el rendimiento del impuesto sobre las sucesiones, tenemos las cifras siguientes:

Fortunas de 2.500 a 12.500 francos		
Años	1840	1877
	17.936	36.438

Fortunas mayores de 125.000 francos		
Años	1840	1877
	1.989	4.478

A partir de 1887, el acrecentamiento del impuesto sobre las sucesiones, como también del impuesto sobre la renta, progresará como sigue:

RENTA DEL ESTADO

AÑOS	Herencias	Impueso sobre la renta
1876-1877	126 millones	155 millones
1880-1881	151 "	251 "
1884-1885	176 "	300 "
1888-1889	160 "	316 "
1890-1891	175 "	331 "
1892-1893	230 "	245 "

(Estas cifras están algo por debajo de la realidad)

Es necesario no olvidar que las fortunas menores de 100 libras esterlinas (2.500 francos) están libres de impuesto de sucesión.

En 1840 había solamente 5'4 o o de toda la población que pagaba 500 francos y algo más de impuestos por año; en 1880, esta información aumenta a 14'5 o o. Desde 1850 el acrecentamiento del número de los contribuyentes que ganaban más de 5.000 francos por año, siguió la progresión siguiente:

Años	Número de contribuyentes	Por 10.000 habitantes
1850	65.389	23
1860	85.530	30
1870	130.375	42
1880	210.430	63
1886	250.000	70

Se vé que en treinta y seis años, el número de los contribuyentes poseyendo una renta anual superior a 5.000 francos ha cuadruplicado, y relativamente a la población ha *triplicado*.

Todas las cifras precedentes nos muestran el enorme enriquecimiento de la burguesía; pero volviendo a nuestro tema, nos queda por ver si este acrecentamiento se ha efectuado en provecho de los grandes por medio de la ruina de los pequeños capitalistas. Para no presentar el menor flanco a las objecciones, me limitaré exclusivamente a los datos suministrados por las estadísticas del impuesto sobre la renta, sobre la industria, el comercio y la banca. Comparemos las cifras a veinte años de distancia para que la influencia de la pretendida ley pueda manifestarse mejor. Tomemos el número de contribuyentes en 1868-1869 y el de 1889.

Renta anual en francos	Número de contribuyentes 1868-1869	Número de contribuyentes 1889	Acrecentamiento por 100
De 3.750 a 5.000	92.593	162.714	
Hasta a 7.500	57.650	106.761	
" 10.000	24.854	45.133	
" 12.500	12.421	18.462	
	187.518	333.070	77'7
15.000	9.528	11.964	
17.500	5.485	7.423	
20.000	3.410	4.671	
22.500	3.059	3.961	
	21.482	28.019	30'4
25.000	1.222	1.831	
50.000	8.959	11.850	
75.000	2.666	3.562	
100.000	1.320	1.692	
	14.167	18.935	33'6
250.000	1.360	1.859	
1.250.000	740	969	
Mayores de 1.250.000	52	79	
	2.152	2.907	35'0
Aumento de la población durante el mismo período de tiempo			20'0